

Construcción de Capital Social e Identidad Cultural: experiencias de oralidad documentada en comunidades indígenas y bibliotecas humanas (1)

Daniel Canosa

Diario de los Pueblos Indígenas El Orejiverde

Resumen. Se plantean una serie de reflexiones en torno al entendimiento de la identidad cultural indígena de Argentina, el eventual aporte con experiencias de oralidad documentada en comunidades de pueblos originarios y bibliotecas humanas. Por último, se analiza la necesidad de problematizar el concepto en el territorio de la Educación Intercultural Bilingüe.

Palabras Clave: Identidad Cultural; Bibliotecas Indígenas; Construcción Social de Conocimiento; Educación Intercultural Bilingüe; Biblioteca Humana.

- (1) Artículo publicado en el libro *A mediação dos saberes em perspectiva: V Colóquio Científico Internacional da Rede Mussi / Regina Marteleto; Gustavo Saldanha (org.)*. Río de Janeiro: IBICT, 2022. p. 93-102 - ISBN 978-65-89167-53-2 (digital).

Entendimiento de la identidad cultural indígena de Argentina: algunas reflexiones desde la Bibliotecología Social

“Sostengo que la biblioteca debe ser un espacio de comunicación, de construcción de identidad, de recuperación de la memoria y por lo mismo, los países de América Latina deberían fortalecerla con políticas específicas y acciones sostenidas”.

Mirta Pérez Díaz, docente argentina de Bibliotecología.

Construir socialmente un conocimiento es de algún modo construir comunidad, se trata de una compleja tarea que contribuye a la conformación de un capital social, consustanciado con el fortalecimiento de una identidad. En ese tránsito, investigar, documentar y comunicar las prácticas de una cultura determinada, resulta una tarea que necesita de la mediación de hombres y mujeres que sepan construir puentes de entendimiento entre diferentes formas de conocimiento. El territorio en el cual se desarrollan horizontalmente estos sentidos arborescentes, debe lograr representar las concepciones básicas cultivadas durante siglos por los pueblos originarios: equilibrio, reciprocidad, circularidad, entendimiento, representatividad, totalidad, sacralidad, completitud, identidad (Martínez Sarasola, 2004).

Este problema nos lleva a preguntarnos, una vez más, qué es una biblioteca, de qué se trata ese espacio que permite desarrollar la vida cultural, social, educativa y política de las personas que habitan una comunidad, nos lleva a imaginar un círculo conceptual en el que caben todas las posibilidades que la memoria humana pueda labrar, el alcance de esa casa colectiva es un campo de cosecha donde no existen los perímetros marcados con alambres de púas, se trata de uno de los espacios más democráticos que los pueblos pueden concebir, donde no solo se accede a una serie de recursos determinados, sino esencialmente, un lugar donde es posible construir el propio acervo, donde la memoria tiene un resguardo y un amparo contra la ignorancia.

Podríamos encontrar en la destreza de una tejedora el paradigma que plantea el concepto de identidad. Una palabra que nos lleva a recorrer los escarpados caminos del entendimiento social del ser nacional, que en Argentina implica aceptar el curioso destino de un tejido social plagado de colores, formas y matices, y sin

embargo tamizado bajo un único tono, que excluye las diferencias y alternancias que puedan suscitarse en ámbitos atravesados por la multiculturalidad y el plurilingüismo.

En dicho escenario, las bibliotecas indígenas cumplen un rol fundamental, resultaría inapropiado pretender brindar un servicio dentro de una biblioteca ubicada en una comunidad aborigen, si desconocemos los valores de la cultura, las prácticas, costumbres, verdades, memorias y experiencias de las familias indígenas. Sin embargo, el desconocimiento del carácter orgánico de estas unidades de información, nos lleva a analizar por que un país no supo o no quiso, integrar las diferentes manifestaciones culturales que estaban presentes al momento de la constitución del Estado, negando la preexistencia de las comunidades, y desconsiderando un conjunto de saberes que tuvo correspondencia con el contexto geográfico, social y cultural del territorio.

En este entramado, y teniendo en cuenta los componentes episódicos de la Historia Argentina, es posible advertir que ese concepto de identidad no está inserto en el plano mayor de la identidad nacional. Ante esta circunstancia, buena parte de la sociedad elabora diferentes criterios a la hora de representar con datos precisos lo que nos constituye como Nación, lo que nos diferencia con respecto a otros países, esa noción de identidad abarca en el mejor de los casos, a los gauchos de la llanura (cuyo mestizaje proviene del vínculo entre criollos -hijos de padres españoles nacidos en el país- e indígenas), al tango, género musical que surgió en el Río de la Plata, aproximadamente entre los años 1850 y 1890, originado entre las clases bajas de Buenos Aires y Montevideo, como una expresión que fusionó elementos de culturas africanas, criollos e inmigrantes europeos, de donde proviene el curioso destino del bandoneón, instrumento aerófono nacido para musicalizar canciones propias de la liturgia eucarística de los oficios luteranos, y traído al puerto por algún marinero germánico, y por último, a la imagen de los barcos cargados de inmigrantes que llegaron al país entre fines del siglo XIX y principios del XX.

Parecería incluso que la identidad nacional aflora o cobra otro sentido en los mundiales de fútbol o en contiendas bélicas, tal como ha sucedido con las invasiones inglesas entre 1806 y 1807, o con nuestras Islas Malvinas.

Cuando un ciudadano afirma que los argentinos y argentinas “descendemos de los barcos”, está invisibilizando las diferentes matrices culturales que componen nuestra historia como país, dejando fuera de discusión la presencia del componente africano (mulatos y zambos) y las relaciones entre criollos y aborígenes.

En este punto me detengo conceptualmente en la obra de Carlos Martínez Sarasola, hombre de conocimiento que fue respetado por la Comunidad Lof Vicente Catrunao Pincén¹, al permitirle formar parte de la ceremonia Eluwün (Funeral Günün-a-küna/mapuche), que no se realizaba desde hacía más de cien años en la región pampeana, alto honor que fue acompañado de la designación de un nombre mapuche por parte de la comunidad: Coli-Lonko Colinao (Jaguar Colorado)², en reconocimiento a su defensa del patrimonio cultural indígena. Este antropólogo supo dejar en claro el componente identitario nacional.

Siguiendo su criterio, no podemos obviar un dato estadístico que manifiesta la encrucijada de una evidente complejidad social y cultural, que resulta clave analizar para poder comprender el alcance y sentido de una biblioteca indígena:

Según fuentes registradas (Martínez Sarasola, 1992), hasta 1869 vivían en la Argentina 1.736.000 habitantes (criollos, mestizos, negros e indígenas). Entre 1857 y 1926, ingresan en el país un aproximado de 5.700.000 extranjeros (un promedio de casi 83.000 personas al año), de los cuales permanecen en forma definitiva cerca de 3.000.000, la mayoría de ellos españoles e italianos, sumando las sucesivas colonias que se instalaron definitivamente en diferentes provincias del país.

Ampliando el estudio de Martínez Sarasola, registramos colonias de inmigrantes turcos en el noroeste, galeses en el sur, alemanes y polacos en Misiones, ingleses en Santa Fe, mientras que en la provincia de Buenos Aires ingresaron rusos (en diferentes etapas), franceses, con notable influencia a partir de mediados del siglo XIX, junto con la llegada de paisajistas y arquitectos invitados por el Gobierno argentino de la época, con el propósito de crear parques y modernizar el diseño urbano, dato que deja visible la asociación de Buenos Aires como “la París de Sudamérica”. Por otra parte, ha sido también notable la inmigración asiática:

¹ <https://lofcatrunaopincen.wixsite.com/pincen> (página consultada 20 julio 2021).

² <http://www.elorejiverde.com/el-don-de-la-palabra/4967-tanto-nos-iluminas-y-guias> (página consultada 15 julio 2021).

filipinos, japoneses (principios del siglo XX), chinos, coreanos y taiwaneses (en general a partir de la primera mitad del siglo XX) y en menor medida, comunidades laosianas, camboyanas y vietnamitas.

A este componente heterogéneo, se suma la inmigración de los países limítrofes (Chile, Paraguay, Bolivia, Brasil y Uruguay), lo que habla de una fluida dinámica no solo a nivel de las fronteras, sino también de constantes migraciones internas. Cabe señalar el componente africano a partir de la década de 1990, donde empiezan a llegar al país inmigrantes de Mali, Senegal, Mauritania, Liberia y Sierra Leona entre otros.

Imaginemos entonces el contexto de una casa que recibe numerosos contingentes de habitantes, hasta llegar al punto en que los visitantes triplican en número a los originarios en un arco temporal no muy extenso, los repentinos cambios socioculturales que dicha dinámica provoca, e intentemos desde ese lugar comprender el sentido de pertenencia de un pueblo, que asienta sus raíces en una sociedad que va forjando su identidad bajo el entrecruzamiento de diferentes matrices culturales (Martínez Sarasola, 2010). Si esa complejidad demográfica excluye en el análisis el dato empírico del solapamiento entre dichos planos, lo que tenemos es una problemática que nos impide reconocer qué somos como pueblo, qué representamos, qué nos une.

Cualquier bibliotecario o bibliotecaria que tenga que enfrentar la situación de ofrecer un servicio dentro de una comunidad indígena, en un país como Argentina, a mi entender no puede obviar este contexto, porque tendrá mucho valor que pueda lograr, a través de la representatividad de un acervo (que en comunidades indígenas es creado por el saber oral de sus libros vivientes), insertar el concepto de identidad cultural dentro del plano mayor de la identidad nacional, lo que implica instalar el concepto de verdad y de conocimiento a través de la memoria y la palabra.

Se trata de dos planos que se confrontan en un lapso de casi 70 años, dos matrices culturales (hispanica-indígena e inmigrantes europeos, asiáticos y africanos) con sus diferencias, costumbres e historias de vida, fusionando experiencias en un contexto de cambios políticos, sociales y económicos, en el que los indígenas pasaron, en un lapso de 7 años (si tomamos como medida la cruel incidencia de las campañas militares de la llamada “Conquista del Desierto” entre 1878 y 1885), de

ser los antiguos dueños de las tierras, a considerarse como minorías étnicas, reducidos a los más bajos estratos sociales, confinados a la marginalidad y calificados como “cabecitas negras”, término despectivo que se popularizó desde fines del siglo XX.

Un tiempo crucial, en el que no se registraron publicaciones con testimonios de paisanos contando la propia historia, ni se incluyeron dichas verdades en el ámbito educativo, ese silencio, que los hizo invisibles en el imaginario social, cobró otro dramatismo con la llegada del período más oscuro de la Historia Argentina: la Dictadura Cívico Militar de 1976-1983.

El tejido social que reparan las Bibliotecas Humanas

Los libros –lo señalamos siempre– no nacieron para segregar sino para congregar; no para negar los saberes sino para compartirlos, no para estancarlos sino para dinamizarlos. Estas herramientas tienen una potencia profundamente liberadora... pero esas herramientas no pueden moverse solas.

Alfredo Mires Ortiz

En esta idea subyace el entendimiento de la perspectiva que propicia la mediación de información y conocimiento: la conciencia crítica de la noción de Comunidad, y la necesidad de articular el alcance de un espacio cívico que construye capital social bajo un plano democrático y participativo de igualdad ciudadana.

Si tuviéramos que remitirnos a las prácticas sociales de la Antigua Grecia, términos como asamblea, reunión o concilio, nos acercaría al propósito de una experiencia sobre Biblioteca Humana, realizada en octubre del año 2016 en la Biblioteca Popular Florentino Ameghino de Luis Guillón, Provincia de Buenos Aires (Pérez Díaz...et. al, 2016), que incluyó un documento de cátedra del Instituto Superior de Formación Docente N° 35 de Montegrande, marco para el desarrollo del proyecto, inspirado en los ejemplos de Bibliotecas Humanas registrados desde 1993, cuando la ONG Juvenil “Stop the violence” creó por iniciativa de 5 jóvenes dinamarqueses: Ronni Abergel, Erich Kristoffersen, Asma Mouna, Thomas Bertelsen y Dany Abergel, una organización para tratar de reducir la violencia juvenil y enfrentarse a algunos de los estereotipos negativos que tenían los jóvenes daneses.

Como se sabe, la Biblioteca Humana es una Biblioteca de personas, en el que los sujetos reales están “en préstamo” a los lectores, donde se pone a disposición los “Libros humanos” para que se pueda consultar cada uno durante una cierta cantidad de tiempo, favoreciendo así la construcción de relaciones positivas de colaboración y fortaleciendo valores de convivencia para acabar con los prejuicios entre los asistentes.

En el año 2008, Ronni Abergel fundó la Human Library Organization³, la cual tiene lugar en más de 70 países de todo el mundo, aunque la mayoría de estos eventos se sitúa en Estados Unidos y países del Centro y Norte de Europa. Desde entonces, la experiencia fue replicada en países como España, México, Portugal, Colombia, Francia, Canadá y Argentina.

En el evento de Biblioteca Humana realizado en Luis Guillón, se llevó adelante un trabajo de reconstrucción y fortalecimiento del tejido social, con acumulación de capital social, contexto en el cual la Biblioteca, como organización intermedia, tuvo una vital importancia en cuanto al registro y documentación de prácticas sociales que conforman un capital cultural, con incidencia en el fortalecimiento de las relaciones ciudadanas. Se trata de un fuerte rol de responsabilidad social ejecutado con una consigna clara, que repercutió en la reivindicación de los derechos de grupos marginales y minoritarios mediante la participación de la comunidad.

Esta acción colectiva significó una posibilidad de acceso a información que a su vez era originada desde el propio recinto, donde fue posible habilitar el empoderamiento, en cuanto a la igualdad de derechos, de numerosos grupos en condición de vulnerabilidad social. En ese contexto, los colaboradores (bibliotecarios/as, docentes, alumnos/as, directivos, entre otros), generaron un vínculo entre los libros humanos, el público asistente y el conocimiento registrado, articulando acciones, servicios, técnicas y métodos en diferentes procesos de gestión cultural participativa.

En todo momento, la Biblioteca fue un punto de encuentro de la comunidad, desde donde se pudieron tejer dos planos en permanente diálogo y construcción: las bibliotecas humanas y los documentos. En el primer caso, el “libro vivo” ofrecía un

³ <https://humanlibrary.org/> (página consultada 10 julio 2021).

testimonio frente a un lector/oyente, con el objetivo de construir un diálogo que habilite poner en cuestión los propios preconceptos. En el segundo caso, las bibliotecas humanas se articulan con la colección convencional de la Biblioteca Pública o Popular, todo aquello que hace a un acervo con sus diferentes formatos. Con lo cual, el saber que circula entre los libros humanos se incrementa con el del conocimiento registrado, lo que implica un proceso endógeno de intensa intertextualidad.

La primera etapa de este proceso requirió la consulta e investigación, dentro de la comunidad, de los temas que generaban interés para ser incluidos en el encuentro de Biblioteca Humana. Esta tarea implicó investigar, seleccionar y recopilar información sobre cada uno de esos temarios. Acto seguido, fue necesario identificar a los potenciales “libros humanos” para explicarles el proyecto y comprometer su participación. Se debió organizar el espacio donde se realizó la convocatoria, que incluyó la diagramación del evento, las presentaciones, intervenciones, difusión, publicidad, confección de folletos ilustrativos, diseño y reproducción de cada ficha de lector y de instrumentos de evaluación a ser entregados a los visitantes, así como tareas de comunicación con los libros humanos.

Es posible establecer un puente de convergencias entre el concepto Biblioteca Humana y el entendimiento de la experiencia tal como fue concebido por Walter Benjamin, filósofo, crítico literario, traductor y ensayista alemán, cuyo pensamiento se asocia con la Escuela de Frankfurt (investigadores adherentes a las teorías hegelianas, marxistas y freudianas), en el que decía que la experiencia es todo aquello que nos pasa, no aquello “que pasa”, es algo que nos trasciende como sociedad, que nos modifica, que nos transforma, en tal sentido, podemos afirmar que cada encuentro de Biblioteca Humana dejó marcas en cada comunidad, que motivaron profundas reflexiones al final de la jornada, y una marca, tal como lo entienden los comuneros peruanos de las Bibliotecas Rurales de Cajamarca⁴ *es una identificación, una palabra o símbolo que distingue o resume información, algo que, en lengua quechua, significa “región, lugar, pueblo”*, por lo tanto, para que una marca quede ligada a un nombre propio o a un concepto, es necesario que la

⁴ <http://bibliotecasruralescajamarca.blogspot.com/> (página consultada 1 agosto 2021).

idea forje junturas al paso del tiempo, lo que requiere pensar la experiencia como una praxis plural desde un entendimiento comunitario de los valores y conocimientos.

Tal como se afirma en el documento *Prospectiva 2020: las diez áreas que más van a cambiar en nuestras bibliotecas en los próximos años* (Consejo de Cooperación Bibliotecaria, 2013): “las bibliotecas deben reforzar su función de crear comunidades, dotarlas de cohesión social y garantizar la igualdad de los ciudadanos en acceso a la información”, lo que lleva a propiciar un tránsito entre el paradigma de la información y el paradigma de la comunicación, en donde sea posible crear conceptos nuevos con un fuerte carácter dinámico, interrogativo, arbóreo, atravesado por la noción de Tercer Lugar (Oldenburg, 1999), un concepto que inicialmente no contempló el espacio de la biblioteca, pero que esta, por su naturaleza orgánica, implícitamente se constituyó en un paradigma de dicho entendimiento. La biblioteca es de este modo, una plaza pública, un ágora, donde refugiarse, disfrutar del ocio, intercambiar ideas o trabajar, un lugar distinto de los espacios familiar y laboral.

Considerando la situación de pandemia, en el que se potenció la necesidad de hablar y escuchar, cabría preguntarse sobre la importancia de organizar esta clase de encuentros, y el rol preponderante que puede tener una biblioteca, como espacio crítico no atravesado por la neutralidad, donde resulta necesario no solo desconfiar de la evidencia, sino de instalar la pregunta en el proceso de construcción, porque hacia dónde vamos como sociedad, en los tiempos actuales, hay cambios permanentes, y los cambios generan preguntas. Esta comprensión tiene un vínculo muy profundo con el carácter interrogativo que tienen las bibliotecas, tal como fue planteado por el bibliotecario y documentalista Jesse Hauk Shera, hace más de 80 años.

A modo de conclusión: necesidad de problematizar la identidad nacional desde el territorio de la Educación Intercultural Bilingüe

Si el hombre blanco no hubiera cambiado, si hubiera seguido por ahí con este pensamiento moderno, positivista, nosotros no podríamos ni siquiera estar hablando. Seguiríamos siendo un pueblo a extinguir, un pueblo a someter.

Estaríamos todavía enterrados en los libros de historia o de antropología, seguiríamos siendo todavía un objeto de estudio”

Luis Eduardo Pincén, gñün a kuna mapuche

Desde el punto de vista de la interculturalidad crítica, es necesario plantear la potencial incidencia del espacio educativo en relación a las experiencias registradas en comunidades indígenas y bibliotecas humanas, si es que pretendemos como bibliotecarios/as insertar el entendimiento indígena y campesino en el plano mayor de la identidad nacional.

Una respuesta donde sea posible problematizar esa concepción, podría estar presente en el plano de la modalidad EIB (Educación Intercultural Bilingüe), instalada en Argentina en los niveles de Educación Inicial, Primaria, Secundaria y Superior, desde fines de la década de 1990, con el objetivo de otorgar acceso a la escolaridad a las familias ubicadas en comunidades indígenas y campesinas, quienes representan aproximadamente el 3% de la población total del país, que se auto reconoce descendiente o perteneciente a un pueblo indígena, lo que en números reales equivale a un millón y medio de habitantes, agrupados en 33 pueblos originarios, tal como figura parcialmente en el último censo realizado en el año 2010 (Martínez Sarasola, 2012), datos que lamentablemente no pudieron ser actualizados en el Censo Nacional de 2020 por el contexto de pandemia, que dejó afuera información censal de indígenas migrantes urbanos, lo que habilita el cálculo de un aproximado a dos millones de personas que conforman la población indígena.

Es interesante advertir que en el año 2004 se realizó una sistematización de experiencias áulicas de EIB (114 en total, a nivel federal), por parte del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, en donde se menciona el espacio de la biblioteca en solo 4 proyectos (3.5% del total), lo que explica la invisibilidad de un servicio clave en cuanto al potencial vínculo que puede darse tanto con los docentes y auxiliares bilingües como con las familias de las comunidades rurales. Es interesante señalar que en 9 casos se registraron experiencias con radios indígenas bilingües, mientras que en líneas generales abundaron proyectos con actividades de alfabetización y promoción de la lectura, y en menor medida museos, talleres de artesanías, música y teatralización de textos con temáticas indígenas.

Se trata de una posibilidad que requiere un profundo cambio de paradigma, y sobre todo valorar el conocimiento de la educación familiar indígena, donde se pueda integrar los saberes de los libros vivientes en el diseño curricular. Si no se contempla el entendimiento orgánico de bibliotecas escolares interculturales y bilingües, es muy difícil pretender que se comprenda el plano de una cultura. En un territorio históricamente atravesado por la extrema desigualdad, pobreza y marginalidad, es urgente concebir el tratamiento bibliotecológico de la diversidad étnica y lingüística, para pensar un país donde la identidad nacional se encuentre consustanciada por la memoria histórica de sus matrices culturales.

Referencias

Benjamin, Walter. **Obras**, libro II, volumen 1. Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (eds.) con la colaboración de Theodor Adorno y Gershom Scholem, trad. de Juan Barja, Félix Duque y Fernando Guerrero, Madrid, Abada, 2007. ISBN 978-849625891-4

Biblioteca Humana: espacio de intertextualidad: el tejido de la trama. Pérez Díaz, Mirta...[et al.]. ISFDT No 35 – “Prof. Vicente D’Abramo” Monte Grande - Buenos Aires - Argentina. Tecnicatura Superior en Bibliotecología. Espacio Curricular. Administración y Gestión de Unidades de Información II. 2016.

Consejo de Cooperación Bibliotecaria. Grupo estratégico para el estudio de prospectiva sobre la biblioteca en el nuevo entorno informacional y social.

Prospectiva 2020: Las diez áreas que más van a cambiar en nuestras bibliotecas en los próximos años. España: Consejo de Cooperación Bibliotecaria, Ministerio de Cultura, 2013. Recuperado de <http://travesia.mcu.es/portalnb/jspui/handle/10421/7460>

Martínez Sarasola, C. (1992). **Nuestros paisanos los indios.** Buenos Aires: Emecé Editores. ISBN 13: 9789500426367

Martínez Sarasola, Carlos. **De manera sagrada y en celebración: identidad, cosmovisión y espiritualidad en los pueblos indígenas.** Buenos Aires: Biblos, 2010. ISBN 9789507867859

Martínez Sarasola, Carlos. **Pueblos Originarios, Procesos de Reetnización y Reconstrucciones Comunitarias: El caso de la comunidad gүнүн ä künamapuche Vicente Catrunao Pincén en las pampas argentinas.** Diversidad. Junio 2012. N° 4, año 2. Recuperado de: <http://www.diversidadcultural.net/articulos/nro004/04-05-carlos-martinez-sarasola.pdf>

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología. **Educación Intercultural Bilingüe en Argentina: sistematización de experiencias.** Buenos Aires: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, 2004. ISBN 950-00-0482-8-1

Oldenburg, Ray. **The Great Good Place: Cafes, Coffee Shops, Bookstores, Bars, Hair Salons, and Other Hangouts at the Heart of a Community.** Philadelphia : Da Capo Press, 1999. ISBN 1-56924-681-5

Shera, Jesse Hauk. **Fundamentos de educación bibliotecológica.** México: UNAM, CUIB, 1990. 370 p. ISBN 9789683617453